

EDITORIAL

LOS MILITARES Y LA PAZ SOCIAL

Dos motivos principales nos animan a tratar el delicado tema del papel singular que toca desempeñar actualmente a los militares en la búsqueda y realización de la paz social. Uno de ellos es la gravedad de la situación, la cual nos fuerza a no eludir ningún tema por delicado que sea; el otro es la importancia decisiva que tiene en la actual coyuntura salvadoreña el estamento militar.

No son necesarios largos análisis históricos para apreciar la importancia de los militares y del militarismo en la historia de El Salvador. Sin ir muy atrás recordemos que la última lista de presidentes constitucionales anteriores al golpe del 15 de octubre (Rivera, Sánchez Hernández, Molina y Romero) es sólo de militares y que, asimismo, el último golpe que abrió el actual período político fue promovido y ejecutado por militares. Aunque las elecciones del 82 y del 84 dieron paso a presidentes civiles (Magaña y Duarte), no ha disminuido la presencia del poder militar en la conducción del país; al contrario en un cierto sentido ha aumentado por cuanto el peso de la guerra en la actual coyuntura política hace imprescindible a los militares y en alguna medida los constituye en árbitros decisivos. Por mucho que afirmen su sometimiento a la Constitución y a los poderes legítimos del Estado, su peso real sigue siendo tal que sin ellos es imposible encontrar soluciones eficaces para la paz social de El Salvador.

Habiendo sido y siendo todavía tan grande su poder, constituyendo parte tan importante del conjunto social, conviene reflexionar sobre el papel que hoy les tocaría desempeñar, para lo cual es conveniente hacer algunas reflexiones previas.

1. El papel de los militares en América Latina y aquí en El Salvador no ha estado siempre conforme a lo que es el ideal militar. Lo mismo, con sus diferencias, podría decirse de los intelectuales, de los eclesiásticos, de los empresarios, de los políticos.

Recordemos, por lo que toca a América Latina, el ejemplo tristísimo que ha dado el ejército argentino con sus más altos mandos al frente tras la toma del poder el 24 de mayo de 1976: son muchos miles los desaparecidos y asesinados, entre los cuales había un buen número de niños y mujeres, en una guerra sucia, llevada con prepotencia y cobardía, que hoy deplora todo el pueblo argentino y que las autoridades democráticamente elegidas piensan enjuiciar. Por lo que toca a El Salvador los mismos militares han reconocido públicamente que la Fuerza Armada contribuyó directamente al fraude electoral en las elecciones presidenciales de 1972 y 1977; los mismos militares reconocieron en Proclama del 15 de octubre de 1979 que el gobierno del general Romero, sustentado por un buen número de jefes y oficiales corruptos, "ha violado los derechos humanos del conglomerado, ha fomentado y tolerado la corrupción en la Administración Pública y en la Justicia, ha creado un verdadero desastre económico y social, ha desprestigiado profundamente al país y a la noble institución armada;" finalmente organismos internacionales como la ONU y la OEA, la Iglesia salvadoreña y aun el propio gobierno han reconocido que una gran parte de los más de cuarenta mil asesinados en estos últimos cinco años, como en el caso de la Argentina, cae bajo la responsabilidad directa o indirecta de miembros de la Fuerza Armada.

¿Cómo ha podido ocurrir esto en una institución que se dice estar hecha para mantener la paz, la tranquilidad, la seguridad pública y el cumplimiento de la constitución y de las leyes? ¿Cómo unos pocos han podido mediatizar a la mayoría de modo que la institución militar como tal pudo llegar a un profundo y generalizado desprestigio, como lo reconoce la Proclama del 15 de octubre?

Las causas se han analizado más de una vez y aquí bastará con enumerarlas: 1) subordinación a los poderes oligárquicos que, con el traspaso a los militares de la administración pública y de la posibilidad de un enriquecimiento rápido, han comprado la voluntad de los altos jefes militares; 2) subordinación a los intereses norteamericanos, conseguida a través de cursos intensivos de preparación militar a los cuales asistieron sólo en Panamá 44.000 oficiales latinoamericanos, así como a través de ayuda militar y de la capacidad de maniobra política de las embajadas norteamericanas y de la CIA en los países del área; 3) una mala formación ideológica que, so capa de anticomunismo, fomenta ideologías tan condenables desde el punto de vista de los derechos humanos como la de la seguridad nacional; 4) la subrepticia y a veces consciente identificación del bien de la patria con el mantenimiento del status quo y con los privilegios de la institución

No son necesarios largos análisis históricos para apreciar la importancia de los militares y del militarismo en la historia de El Salvador.



armada; 5) el acoso eventual por parte de las fuerzas revolucionarias tanto en el campo ideológico como en el terreno mismo de las armas. Subrayamos estos puntos sin insistir en otros que tienen complejas raíces psico-sociales, porque son de carácter más estructural y más fácilmente comprobables; por otra parte, apuntan a causas que necesitan ser reflexionadas y superadas para no caer en conductas y acciones institucionales, que después aun los mismos militares reconocen como erróneas y dañinas para sí mismos y para sus pueblos.

2. Pero lo negativo y peligroso de la institución militar no puede hacer olvidar ni la necesidad de la institución ni tampoco sus méritos. Se reitera con énfasis que la Fuerza Armada es una institución al servicio del pueblo y al servicio de la patria; se subraya que la profesión militar responde más bien a una vocación de servicio que a intereses utilitarios de modo que en ella debería prevalecer el sentido del desprendimiento sobre cualquier ambición personal o interés lucrativo; se constata que la profesión militar puede llevar consigo la ofrenda de la propia vida en defensa de intereses superiores, que no son los de una patria abstracta sino los de una sociedad histórica de hombres, la cual ha depositado en ellos la tarea de defensa y de sostén de la soberanía y la autodeterminación.

Por lo que toca a la Fuerza Armada de El Salvador pudieran señalarse algunos hitos de su historia reciente que, con todas sus ambigüedades, muestran la posibilidad de autopurificación y perfeccionamiento. Ya en 1973 se tuvo un seminario

sobre reforma agraria para miembros cualificados de la Fuerza Armada; en él un buen número de oficiales aceptó que el país vivía en una grave situación de injusticia estructural, debida en parte a la sumisión de la Fuerza Armada a la oligarquía, y aceptó asimismo que era urgente una profunda reforma agraria. En 1976, el coronel Molina, apoyado explícitamente por una gran parte del estamento militar, lanzó su proyecto de transformación agraria, como necesidad perentoria para acabar con los abusos de la oligarquía e impedir el estallido revolucionario. Finalmente en 1979, la juventud militar logró aunar a casi la totalidad de la oficialidad joven en un proyecto reformista, que reconocía la calamitosa situación del país y la necesidad consiguiente de que la Fuerza Armada dejara de amparar los intereses de sectores oligárquicos para ponerse a favor de las mayorías populares. Es cierto que los tres intentos de acercamiento a una solución progresista de los problemas del país fueron neutralizados en parte por influjo de militares más veteranos y en parte por presión de las fuerzas oligárquicas. Pero la reiteración del intento muestra hasta qué punto hay en la Fuerza Armada un propósito de abandonar hábitos y actitudes antiguos y de entrar en formas nuevas de comportamiento. Esta ambigüedad reflejada por un lado en la implantación de las reformas estructurales agraria, bancaria y de comercio exterior y, por otro lado, en el acrecentamiento del terrorismo de Estado que tuvo lugar, sobre todo, en los años 1980-1982, muestra lo complejo de la estructura militar y ha obligado en los últimos meses a cambios importantes en su cúpula, de la cual han desaparecido algunos de los más connotados responsables de la sistemática y masiva violación de los derechos humanos.

No sería justo pasar por alto el gran sacrificio que esta suponiendo para la Fuerza Armada la prolongación de la guerra frente a un enemigo bien armado, contra quien la lucha no sólo es difícil, sino sumamente arriesgada. A medida que avanza el conflicto van abandonándose prácticas antiguas de luchar sólo de 9 a 5, como si de una profesión oficinesca se tratara, para entrar en formas nuevas que ocupan todo el tiempo y exigen un compromiso total. No sólo se ha ganado mucho en profesionalización, sino que se ha demostrado una gran capacidad de sacrificio. Aunque la mayor parte de las víctimas pertenecen a las filas de los oficiales más jóvenes, el número de muertos o gravemente heridos puede haber supuesto más del 20 por ciento de la oficialidad en estos últimos cuatro años, cifra realmente significativa tanto de la dureza de la lucha como del riesgo de los combatientes. Los más de cinco mil soldados muertos en la guerra no han sido abandonados por sus mandos.

Estas luces y sombras de los militares han de tenerse muy presentes a la hora de analizar cuál puede ser hoy día su contribución a la paz social. Esta contribución es compleja. Hay en el

El papel de los militares en América Latina y aquí en El Salvador no ha estado siempre conforme a lo que es el ideal militar.

país quienes quieren lanzar a los militares y con ellos a miles de hijos del pueblo, sacados de los sectores más pobres, a una guerra interminable, ofreciéndoles en contrapartida tristes recompensas, además de grandilocuentes elogios. La guerra es ciertamente una responsabilidad inmediata de los militares, pero éstos pueden contribuir a la paz social mucho más allá que haciendo la guerra. ¿En qué podría consistir esta contribución?

3. No se trata aquí de proponer ideas generales o ideales utópicos sino, más bien, de señalar tareas que, si se cumplieran, traerían enormes beneficios al país y también a la institución armada. La Fuerza Armada debe pensar muy en serio y muy reflexivamente cuál debe ser su aporte a la solución de la crisis salvadoreña, como lo deben hacer también otros estamentos de la sociedad.

3.1. En la situación actual la responsabilidad principal de la Fuerza Armada sería la de terminar con la guerra. La guerra es coyunturalmente el mayor problema del país; es también la profesión específica de los militares. Pero para acabar con la guerra del modo más racional posible es preciso tener claro por qué hay guerra en el país, qué tipo de guerra es y a dónde debería desembocar todo el esfuerzo que se está poniendo en ella.

Sucintamente se puede responder a las tres cuestiones. Hay guerra en el país porque una situación secular de injusticia estructural ha posibilitado y originado la existencia de poderosos movimientos revolucionarios armados, los cuales pretenden últimamente la solución de aquella injusticia que de tantos modos y por tanto tiempo ha oprimido a las mayorías populares, para lo cual entienden ser necesario hacerse presentes en los distintos poderes del Estado, no excluido el poder militar; en esta trama del conflicto social se han hecho presentes intereses foráneos, que sitúan a nuestro país en la confrontación Este-Oeste. El tipo de guerra puede definirse como una guerra civil irregular entre quienes buscan mantener mejorado el actual orden social y político y los que buscan un orden social y político radicalmente nuevo; es un enfrentamiento entre fuerzas relativamente muy poderosas y fundamentalmente equilibradas, lo cual supone un desgaste ininterrumpido y profundo del país que tiende a prolongarse con un enorme costo de vidas humanas, sin que se aprecie a corto plazo el predominio definitivo de una facción sobre la otra. Finalmente, la guerra debe desembocar en una paz social justa, la cual deje en trance de solución los problemas fundamentales que dieron paso a la lucha al dar legitimidad a los dinamismos y fuerzas capaces de resolver las causas, que hicieron irremediable la violencia de la guerra.

Si se está de acuerdo en lo fundamental con lo que acabamos de decir, la Fuerza Armada debe preguntarse cómo acabar de la forma más racional y justa con la guerra, la cual es ante todo un asunto de los salvadoreños, aunque para otros sea un asunto de alcance internacional. ¿Qué deben hacer los militares salvadoreños, como salvadoreños, para acabar con una guerra que ante todo y sobre todo afecta a El Salvador y a los salvadoreños? Esta es la pregunta esencial.

Los militares salvadoreños hasta ahora han procurado terminar con la guerra, pidiendo la protección y la dirección de los norteamericanos. Bajo esa protección y dirección han buscado terminar con la guerra procurando la destrucción de sus adversarios armados y la de sus aliados civiles. Cualesquiera hayan sido las tácticas cambiantes, unas victoriosas y otras fracasadas, el objetivo ha sido claro. ¿Es hoy día, es en un futuro inmediato ésta la mejor forma posible de acabar con la guerra? Lo sucedido en los cuatro años pasados parece indicar que no. Lo previsto para los dos próximos años parece asimismo indicar que no. Efectivamente, en los cuatro años pasados la guerra no ha sido ganada, sino simplemente se ha hecho más grande: si es verdad que nunca la Fuerza Armada ha tenido tantos efectivos, tanto armamento, tanta capacidad de combate, es asimismo verdad



Pero lo negativo y peligroso de la institución militar no puede hacer olvidar ni la necesidad de la institución ni tampoco sus méritos.

que sus adversarios nunca habían tenido tantos efectivos, tanto armamento y tanta capacidad de combate. Lo que se prevé para los dos años próximos no es sino la intensificación de lo ocurrido en los cuatro años anteriores. De lo cual cabe concluir que, si no hay cambios sustanciales que implicarían todavía una destrucción mayor y unos males incurables, lo que nos espera en un futuro próximo es que la guerra, en vez de generar la paz, lo que va a engendrar es más guerra.

La conclusión se impone. Para acabar con la guerra hay que encontrar un camino distinto de la guerra. Podría pensarse que una invasión militar norteamericana acabaría pronto con la guerrilla, pero esto supondría el reconocimiento del fracaso total de la Fuerza Armada, la venta de la dignidad nacional, un precedente catastrófico y una destrucción del país, todavía más trágica; por otra parte es improbable que sea posible una invasión de "marinos" y no dejaría de ser problemático su rápido triunfo. Podría prolongarse el conflicto hasta que la prolongación resultara intolerable para la guerrilla, pero esto implicaría la destrucción física, moral y política del país. Pues bien, cuando se da una guerra y ninguna de las dos partes puede vencer o sólo puede vencer con costos inaceptables para el país, no queda otra solución que establecer alguna forma política de terminar con la guerra. Al menos, es necesario a través del diálogo con la parte opuesta explorar si por el camino de la negociación se vislumbra una salida racional, justa y digna al horror de la guerra. El diálogo es sin duda una cuestión nacional y no meramente militar, pero es también una cuestión militar. Y esto por dos simples razones que no tienen en cuenta ni suponen una hipertrofia de lo militar: los militares son un sector social importante y son los más afectados por la guerra. Ahora bien, el diálogo versa en su parte principal sobre la guerra, sus causas y sus soluciones. Visto lo sucedido hasta ahora, vista la mucha sangre propia derramada en esta guerra, los militares pueden proponerse con dignidad a sí mismos y a los demás sectores sociales —sobre todo a los que mucho animan a la guerra y poco ponen de su parte en ella—, la búsqueda de una salida racional, justa y digna a la tragedia de la guerra. Quizá sea ésta la que pone ahora en peligro la tranquilidad y la seguridad nacional y aun la misma soberanía. Buscar una salida racional, justa y digna puede ser el final adecuado de años de sacrificada lucha.

3.2. Pero mientras la guerra no termine, hay que procurar por todos los medios humanizarla. En esta guerra civil de El Salvador, como en tantas otras guerras civiles, se han cometido desmanes sin cuento, masacres de población civil, bombardeos indiscriminados, matanzas de inocentes, etc., etc. La conciencia cívica nacional y la opinión política internacional han calificado a la guerra salvadoreña como una de las más sangrientas en los tiempos actuales dentro del hemisferio occidental. Hoy todavía

Es obligación de los militares salvadoreños poner por encima de los intereses parciales o foráneos los intereses de El Salvador.

se levantan graves acusaciones sobre tácticas usadas por la Fuerza Armada para reblandecer la resistencia del adversario y para tratar de impedir que la población preste apoyo a los revolucionarios. Por eso es urgente mejorar y progresar en la humanización de la guerra. No sólo hará de ésta algo menos intolerable, sino que posibilitará o al menos facilitará el término de la misma.

Algunos pasos se han dado ya en la humanización. La guerra sucia contra la población civil llevada a cabo sobre todo por los cuerpos de seguridad y los escuadrones de la muerte emparentados con ellos está cediendo, aunque todavía quedan brasas convertibles de nuevo en hogueras. También se han dado algunos canjes de prisioneros y de lisiados que suponen algún tipo de negociación, al menos indirecta, y también una superación del absoluto desprecio de la vida del contrario. Pero esto no basta. La humanización de la guerra exige apreciar al adversario, no sólo como un ser humano que merece respeto, sino como un compatriota con quién se va a tener que convivir en un futuro inmediato. En las guerras civiles suele ser peor el mañana que el ayer por el odio que acumulan y las tensiones que implantan. De ahí, que sea imprescindible el cumplimiento escrupuloso de la legislación internacionalmente conocida sobre la conducción de la guerra; más aún, el mayor respeto posible de los derechos humanos. En esta línea el respeto estricto a la población civil sea o no simpatizante y coadyuvante de una u otra parte en conflicto, el respeto a los prisioneros y el cuidado de los heridos son tipos de acción, que no sólo humanizan a los combatientes, sino que pueden acercar el final de la guerra al hacer posible el diálogo y la negociación.





En la situación actual, la responsabilidad principal de la Fuerza Armada sería la de terminar con la guerra.

3.3. Mucho de esto no se hace porque la guerra que se desarrolla en El Salvador, en la que mueren salvadoreños y en la que se consume la riqueza nacional, responde a intereses que no son los del pueblo salvadoreño en su conjunto, sino que son los intereses de una parte muy pequeña de ese pueblo o de países extraños. Desde esta perspectiva, una obligación que recae sobre los militares salvadoreños es la de poner por encima los intereses de El Salvador frente a intereses parciales o foráneos. Es necesario enfocar nacionalmente, patrióticamente el conflicto salvadoreño, lo cual se trata de impedir introduciéndolo en el conflicto este-oeste o encubriéndolo con palabrería barata. Frente a estas posiciones hay que ver la guerra desde El Salvador y para El Salvador. Lo que dijo Monseñor Rivera, que las armas y el dinero los ponen otros y que los salvadoreños ponemos los muertos, es una gran verdad la cual debe completarse con la afirmación de que hay muchos intereses foráneos que siguen impulsando una guerra cada vez más destructiva. Evidentemente, no somos una isla en el mar de los intereses geopolíticos y económicos, por lo que falsearíamos la solución, si sostuviéramos que la guerra es sólo una cuestión salvadoreña. Pero aceptado esto, hay que sostener que para nosotros es y debe ser principalmente guerra entre salvadoreños llevada a cabo en El Salvador. La administración Reagan y el congreso norteamericano tienen otra perspectiva y por ello sus propuestas no son para nosotros las más convenientes; ellos están haciendo su guerra en favor de sus

intereses, pero nos utilizan a nosotros como peones de su juego. Por eso no se cansan de repetir que en El Salvador está en juego su seguridad, lo cual nos demuestra que no es el bien de El Salvador el que tienen presente ante todo, sino el bien de Estados Unidos.

Hay que hacer, en consecuencia, un serio esfuerzo por salvadoreñizar la situación en que nos encontramos. Y esta salvadoreñización implica, entre otras cosas, la salvadoreñización de la Fuerza Armada y de su actuación. La Fuerza Armada no debe depender ni en su línea política ni en su línea militar de lo que dicten el Pentágono o el Departamento de Estado, el Congreso o la Casa Blanca. El que los asesores militares norteamericanos se hagan presentes en territorio salvadoreño, el que pretendan dirigir la guerra, el que se proponga elevar su número de 55 a 125, no sólo significa un menosprecio de la capacidad militar de los jefes y oficiales salvadoreños, sino que pone la dirección de la guerra en manos de extranjeros quienes no buscan el bien de El Salvador, sino el bien de Estados Unidos. Una mayor dosis de orgullo nacional sería aquí muy oportuna.

Esta salvadoreñización que, negativamente, supone separación de directrices y presiones norteamericanas, positivamente supone una subordinación a las necesidades e intereses del pueblo salvadoreño. Históricamente no ha sido siempre así. El ejército de El Salvador más que con el pueblo ha estado con la oligarquía, con el capital; ha vivido de espaldas a la trágica realidad de las mayorías populares y ha sido utilizado para controlar sus protestas más que para exigir la satisfacción de sus justas demandas. Salvadoreñizar el ejército no es poner los ojos en los grandes cafetaleros, cañeros y algodoneros; no es poner los ojos en la gran empresa privada, en los bancos y en los grandes almacenes; no es ni siquiera poner los ojos en la capital de la República y menos aún en sus barrios más ricos. Es más bien poner los ojos, la mente y el corazón en la mayor parte de los salvadoreños, cuyos ingresos familiares están muy por debajo del mínimo vital; es poner los ojos en los departamentos más abandonados; es poner los ojos en los grandes problemas sociales del país. No se trata de exclusivismo y, menos, de pugnas y contradicciones. Pero existen prioridades éticas, y si todos los salvadoreños son iguales ante la ley en lo individual, quienes constituyen la inmensa mayoría y son, además, injustamente tratados, deben ser los mejor atendidos a la hora de buscar lo mejor para El Salvador.

La salvadoreñización del ejército implica también el reconocimiento de que en el campo del adversario militar hay también jefes y oficiales, que son salvadoreños y que están demostrando una muy alta capacidad militar. Es un hecho que no puede ser ignorado y cada vez menos por razón del alargamiento y profesionalización de la guerra: en ambas partes contrapuestas hay combatientes salvadoreños que son profesionalmente capa-

Esta salvadoreñización negativamente supone separarse de las directrices y presiones norteamericanas y positivamente supone subordinarse a las necesidades e intereses del pueblo salvadoreño.

ces y que han demostrado, además, un alto grado de sacrificio, de valentía y aun de heroísmo. Quienes mejor conocen esto son los mismos combatientes de un lado y de otro, aquellos hombres que están llevando sobre sus vidas el peso de la guerra.

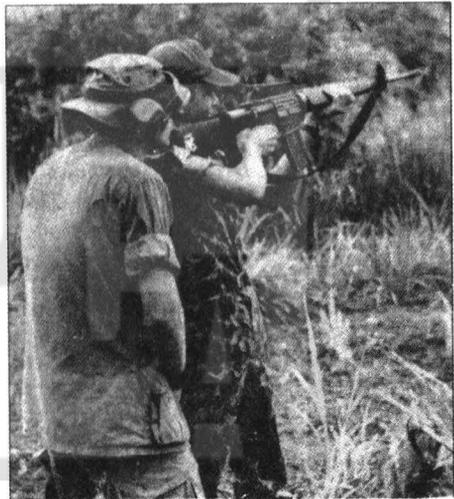
3.4. Nada de esto puede lograrse sin una mejor formación ideológica, política y ética de los militares, dada por supuesto una buena preparación profesional. No es ya raro el caso de que jefes y oficiales alcancen títulos universitarios, lo cual podría ser una garantía de apertura. Pero hace falta mucho más. Hace falta capacidad de análisis político, socio-económico e ideológico para no caer en los simplismos del blanco o negro. Hay que superar el fantasma del comunismo para no tildar a cualquier análisis de comunista y para no permitir que en nombre del anticomunismo se consideren aceptables cualesquiera medios, que se imaginen útiles para combatir los avances presuntos o reales del marxismo. El ejemplo macabro de los militares argentinos para quienes ese fin justificaba cualquier medio se constituye en advertencia de hasta dónde se puede llegar por este camino. Y el propio ejemplo de El Salvador, donde se ha pretendido justificar la matanza de miles de campesinos e indígenas en 1932 y el asesinato de más de cuarenta mil salvadoreños en los últimos cinco años con el pretexto de que eran comunistas o aliados de los comunistas prueba hasta dónde se puede caer, si es que se acepta la falsedad de que toda lucha por la justicia y en favor de las mayorías populares es marxismo contrario a los intereses de la patria.

Entre los militares hay un gran peligro de aislamiento social. Educados en escuelas militares propias por profesores también militares, su trabajo profesional se realiza asimismo en cuarteles y oficinas casi completamente cerrados a otros miembros de la sociedad, incluso sus viviendas forman unidad aparte, así como sus lugares de esparcimiento social. La sociedad los aísla y ellos se aíslan de la sociedad. Pueden llegar a convertirse en casta cerrada, al menos hasta que dejan su condición de activos.

Para superar estos peligros hay que fomentar entre los militares una mejor formación intelectual, más abierta y pluralista así como un mayor contacto social con otros sectores y no sólo con el de la empresa privada. Hay todavía recelos mutuos. Al militar se le teme, pero no se le respeta. El militar, por su parte, se resiente del trato social, se cierra sectariamente y se acerca a los demás con acritud. La incorporación normal del militar a la vida social, el perfeccionamiento de su educación, la apertura

intelectual a nuevos planteamientos podrían contribuir a que las cosas cambiasen. Incluso en estos momentos de la guerra deberían encontrar tiempo y modo para leer sin perjuicios lo mucho que se está escribiendo sobre El Salvador y su situación actual; deberían tener seminarios pluralistas donde escuchasen criterios fundamentados y donde pudiesen plantear sus preguntas y objeciones. Estamos en un momento en el cual es necesaria una gran apertura de mente y no es bueno para ello estar repitiendo slogans y estereotipos que se aprendieron años atrás o que introduce actualmente una propaganda movida por intereses que no son los de las mayorías nacionales. Con conceptos e ideologías trasnochados no se puede afrontar una situación tan nueva como la de El Salvador para cuya interpretación y solución se requieren nuevas formas de análisis y nuevos tipos de solución.

3.5. Los militares que son necesarios para acabar con la guerra, no pueden ellos sólo construir la paz social. De ninguna manera estamos proponiendo en este editorial una militarización mayor de la vida política; al contrario estamos proponiendo una mayor socialización y politización de la vida militar. El estamento militar es una de las fuerzas sociales. En la historia de El Salvador ha sido de las fuerzas sociales más importantes en la configuración de la sociedad y del Estado y hoy lo son también precisamente porque esa situación se define como una situación de guerra. Pero no puede intentar convertirse en la fuerza hegemónica, lugar que no le corresponde ni en el orden constitucional ni el orden real. El tener a su cargo y a su disposición las armas, no es garantía ni de mayor lucidez, ni de mayor habi-



Hay que fomentar entre los militares una mejor formación intelectual, más abierta y pluralista, así como un mayor contacto social con otros sectores y no solo con el de la empresa privada.



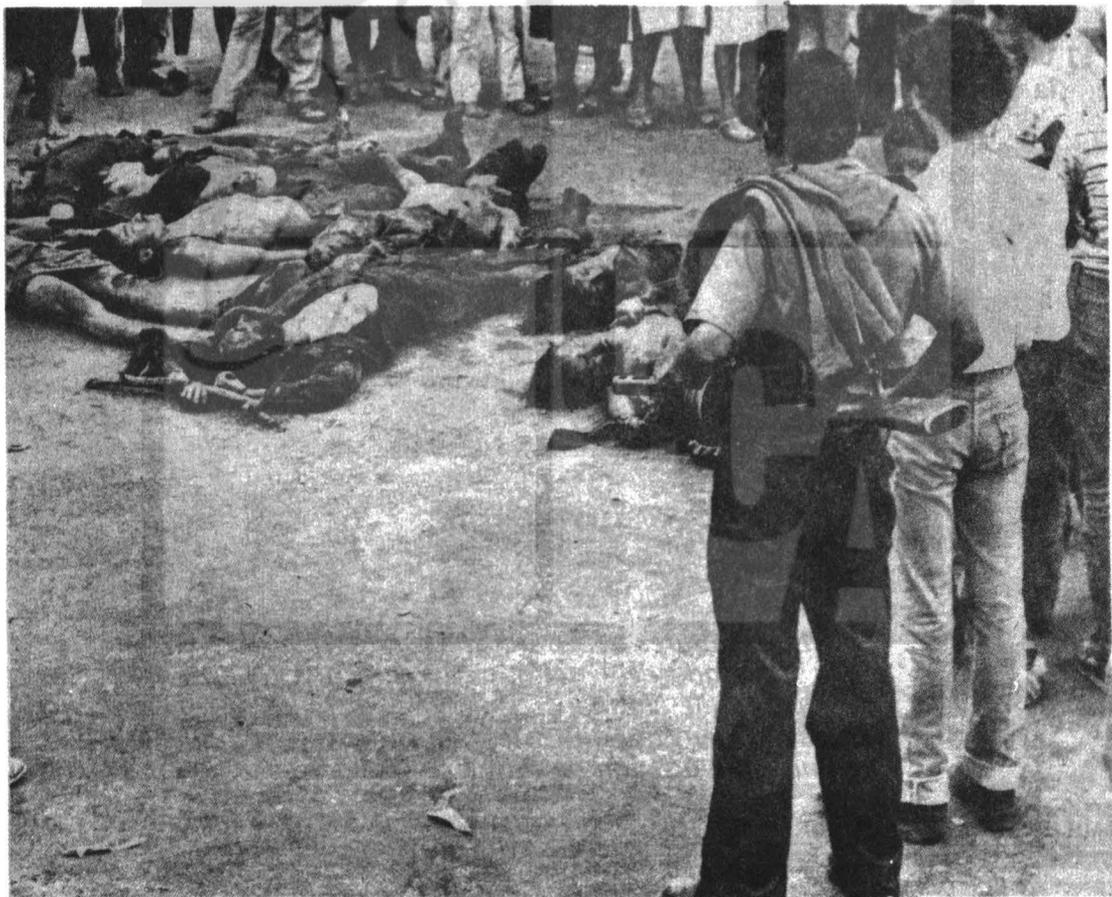
El horizonte de la conciencia militar no puede ser sólo la guerra, sino también la paz social, una paz que termine con las causas estructurales de la guerra.

lidad, ni de mayor patriotismo. Debe buscarse un sano equilibrio entre el peso de su poder fáctico y el peso específico que corresponde a otros sectores sociales: gobierno civil, sectores laborales, sectores empresariales, partidos políticos, organizaciones populares, poderes legislativo y judicial, Iglesia, universidades, asociaciones profesionales... La tentación de los militares ha sido y sigue siendo, sobre todo en los países menos desarrollados democráticamente, la de constituirse en árbitros de los destinos nacionales. Mucha culpa de ello tienen los propios civiles quienes los halagan y los utilizan para sacar adelante sus propósitos. Mucho pesa también la tradición de países subdesarrollados en los cuales no se sabe si el subdesarrollo viene de la hegemonía militar o la hegemonía militar viene en razón del subdesarrollo. Pero esto debe ser superado precisamente para romper el círculo vicioso de militarismo y subdesarrollo político.

Los militares deben acostumbrarse a verse como una parte de la sociedad y del Estado, cuyos derechos y obligaciones, están perfectamente limitados. Enrolarse en la carrera militar como vía fácil de enriquecimiento, de prestigio o de poder político es ya una equivocación de principio que debe ser superada, como

se ha superado ya en el campo de las vocaciones sacerdotales. La vocación militar es una vocación sigular, cuya recompensa está más en la línea del servicio que en la línea del aprovechamiento propio. Puede ser una profesión tan digna como otras y, en ese sentido, la profesionalización de los militares es ya una exigencia histórica en nuestro país, pero no puede constituirse en una casta que consigue sus privilegios económicos y políticos por vías turbias.

Hay que llegar pronto a la sumisión del poder militar a quienes la Constitución lo determina para no hacer presiones indebidas, tomar decisiones separadas o amenazar con golpes de Estado o golpes de cuartel. A medida que se dignifique y se consolide el poder civil tanto por el mecanismo de unas elecciones libres y no fraudulentas como por su gestión honesta en favor de las mayorías populares, la fuerza de los militares no tiene motivo alguno para autonomizarse y para insubordinarse. El paso por el poder de los militares tanto en El Salvador, como en Argentina, Uruguay y Chile en los años recientes es de por sí ilustrativo: violación masiva de los derechos humanos y estrepitoso fracaso económico. Hoy vuelve la hora del civilismo y las naciones se apresuran a darse gobiernos elegidos por el pueblo, que pueden pedir responsabilidades a quienes con abuso de poder cometieron actos de inhumanidad.





Para acabar con la guerra hay que encontrar un camino distinto de la guerra.

Terminemos aquí estas reflexiones sobre la participación de los militares en favor de la paz social. La paz no es sólo el final de la guerra, aunque el estado de guerra civil debe acabar cuanto antes. Hoy el Estado salvadoreño está gastando aproximadamente el cuarenta por ciento de su presupuesto en hacer la guerra, esto es, en destruir más y más el país, con lo cual sufren drásticos recortes los recursos destinados a la educación, a la salud y a la vivienda, al desarrollo económico. A eso hay que añadir los 126 millones de dólares para el próximo año fiscal que empieza en Estados Unidos el 1 de octubre y que probablemente se convertirán en más dólares todavía, todos ellos destinados a la destrucción. El propósito es acabar con la guerrilla por medio de las armas, pero el resultado ya lo podemos prever: más destrucción, más muerte, más retraso al impostergable desarrollo del país. ¿Tiene sentido ya prolongar más y más la guerra sin que nadie pueda decir cuándo será su final y cuál su resultado? Hay quienes en El Salvador están preocupados, ante todo, en no perder la guerra. Pero una cosa es no perder la guerra y otra muy distinta es ganar la paz social. Y si los intereses de unos pocos se limitan a las ventajas que les puede traer el no perder la guerra, los intereses generales están puestos en ganar la paz social y ganarla cuanto antes.

Es difícil el ganar la paz social si no se termina con la guerra. Pero el horizonte de la conciencia militar no puede ser sólo la guerra, ni una paz que sea meramente la ausencia de guerra. Tiene que ser también la paz social, una paz que termine con las causas de la guerra, una paz que permita a todos los salvadoreños dar su contribución libre al mejoramiento de la patria, una paz que dé alimento y dignidad a las mayorías populares a las que se les ha privado secularmente de lo imprescin-

dible para su subsistencia digna y de lo absolutamente necesario para el disfrute de los derechos humanos. En manos de los militares está en buena parte el que, tras el final de la guerra alcanzado de una forma racional, justa y digna, se abra el camino para que todas las fuerzas del país, sea cual sea su ideología, puedan contribuir a la paz social, si es que tienen preocupación honesta por superar todo aquello que es el origen estructural de la guerra.

